

Un libro de descubrimiento de AB



Secuestrado en pañales

Una historia sobre pañales ABDL

COLIN MILTON

Secuestrado en pañales por Colin Milton

Primera publicación: 2021

Derechos de autor © AB Discovery Books 2021

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en ninguna forma, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Se puede contactar con el autor escribiendo a
infantc@yahoo.com

Título: Secuestrado en pañales

Autor: Colin Milton

Editores: Michael Bent y Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2021

www.abdiscovery.com.au

Contenido

Capítulo uno.....	5
Capítulo dos	9
Capítulo tres	16
Capítulo cuatro	18
Capítulo cinco.....	26
Capítulo seis.....	29
Capítulo siete.....	36
Capítulo ocho.....	48

Capítulo uno



Esta historia es difícil porque explica quién soy, quién era y en quién nunca esperé convertirme. A menudo, en la vida, lo mejor se esconde en las peores experiencias, y así fue para mí. Así que déjenme contarles la historia...

Bueno, al principio me pareció una buena idea, como ocurre con la mayoría de los desastres. Tenía veinte años y me había tomado un año de descanso de la universidad para viajar y conocer un poco del mundo. Había estado haciendo autostop por Estados Unidos durante parte del trayecto, pensando que así vería lugares más inusuales y conocería a mucha gente diferente.

El primer mes, más o menos, había ido de maravilla, y me estaba adaptando a mi rutina de viajar, hacer turismo, comer y dormir. Mirando hacia atrás, fue mi primera experiencia de libertad, al no estar constantemente estudiando, algo con lo que mis padres habían sido tan fanáticos. Aunque había comprendido su importancia, deseaba algo de independencia. Sin embargo, esa independencia me fue impuesta de forma un tanto inesperada.

Un día me llamaron de una conferencia para decirme que mis padres habían fallecido en un accidente de tráfico y punto. En ese momento, el rumbo de mi vida cambió por completo. Los siguientes días y semanas transcurrieron como un rayo. Como hijo único, me tocó ocuparme de la herencia de papá y mamá y de todos los trámites legales que conllevaba la liquidación.

«La vida es muy corta...», «Nunca se sabe qué va a pasar después...», «Un día estás aquí, al otro...». ¡Ay! Me cansé de todas esas perlas de sabiduría y sermones sencillos de gente bienintencionada, pero me puse a pensar en la verdad que se escondía tras ellas.

Papá y mamá habían trabajado duro toda su vida y se acercaban a la jubilación. Papá había estado hablando de tener un perro cuando se jubilara para poder dar largos paseos por la playa con una "amiga de cuatro patas". Había tenido una perra antes de que yo naciera, pero murió repentinamente, y siempre sentí que nunca lo había superado del todo. Podía ver la emoción y la anticipación en sus ojos cuando hablaba de tener un perro. Mamá estaba deseando trabajar en su jardín y tener la libertad de viajar para ver a sus hermanas cuando quisiera. Por supuesto, ambos también ansiaban simplemente poder pasar más tiempo juntos. Morir en ese momento de sus vidas, después de trabajar tanto durante tanto tiempo, me parecía particularmente cruel y me provocaba y me conmovía un poco.

Una vez resuelto todo, decidí alquilar la casa a una familia de profesionales. Eso me proporcionaría unos ingresos estables y también significaría conservar la propiedad de la casa familiar. Una vez hechos los arreglos, decidí emprender mi viaje cuanto antes. Necesitaba un respiro. Un largo respiro de la realidad. No había forma de saber cuándo esa necesidad quedaría satisfecha.

Naturalmente, al ser de un pueblo relativamente pequeño, quería ver con mis propios ojos algunos de los lugares que había visto en televisión. Así que fui a Nueva York, Washington, hasta Poconos durante una semana aproximadamente, y desde allí, planeé cruzar el país. Me alojé un par de días en un hotel Ramada en un lugar llamado Lake Harmony. Mientras estuve allí, miré algunos mapas y folletos, decidiendo adónde iría después.

La I-80 estaba a un par de millas (¡y supongo que aún lo está!). Se extendía por todo el país, terminando en San Francisco. Usarla como una especie de *carretera principal* para mi vida durante los próximos meses me pareció una idea tan buena como cualquier otra. Decidí que haría autostop siempre que pudiera. Me ahorraría dinero, aunque no era lo principal, y me permitiría conocer a otras personas mientras viajaba. La vida social, o

cualquier vida en general, en nuestro pueblo me había parecido bastante aislada , y quería expandir mis alas y ver un poco más de mundo. Tenía que haber algo más en el mundo que "esta vida provinciana".

bastante temprano, conseguí que me llevaran en el autobús del hotel a la I-80 y, en unos veinte minutos, ya estaba de nuevo en marcha. Esta vez con una familia que tenía dos hijos adolescentes no mucho menores que yo. Fueron muy amables , y estuve con ellos unas horas antes de que dijeran que se dirigían al noroeste, hacia Chicago, poco después, y que el pueblo en el que estábamos en ese momento parecía el lugar más probable para que nos llevaran más al oeste. Me dio un poco de pena verlos marcharse, ya que nos habíamos llevado tan bien durante el poco tiempo que habíamos estado juntos. Como los niños eran solo un poco menores que yo, había sido fácil encontrar temas de conversación.

Decidí dar una vuelta por el pueblo mientras pudiera y acabé en un pequeño restaurante abierto las 24 horas, *Judy's* , donde comí bien a buen precio y me reponían el café constantemente por cuenta de la casa. Charlando con Judy, la dueña, incluso conseguí que me pagara por ayudar con la limpieza y el traslado de muebles. No era una fortuna, desde luego, pero me daría unos dólares en efectivo para pagar la comida de los próximos días, así que fue un extra muy bienvenido. La verdad es que no había pensado mucho en cómo iba a financiar mis andanzas. Una tontería, claro, pero al final salió bien.

Sin embargo, para cuando terminé de ayudar con las tareas, ya era más tarde de lo que pensaba. Ya casi anochecía y no había reservado hotel. Estaba bastante tranquilo , así que, con el consentimiento de Judy, decidí echarme una siesta en una cabina en un rincón apartado, aprovechando las recargas de café gratis y el ambiente cálido.

La noche transcurrió con bastante lentitud . Aunque el restaurante estaba justo al lado de la autopista, no había mucha gente parando. Fue, dijo Judy, «una noche bastante típica».

Mirando hacia atrás, recuerdo que justo después de medianoche entraron un par de jóvenes. Las había visto entrar al aparcamiento. ¡ La verdad es que habría sido difícil no verlas! Iban en una autocaravana enorme. Había visto una igual en películas y en la tele, e incluso pasando por la carretera, pero nunca había visto una tan de cerca como esta. Era enorme. ¡Tal vez del largo de tres o cuatro coches y casi tan alta como un autobús Greyhound!

Calculo que las dos mujeres tendrían entre veintitantes y veintitantes. Ambas eran guapas, sin ser deslumbrantes, pero sin duda lo suficientemente guapas como para hacer que una veinteañera excitada las mirara dos veces. Puede que estuviera cansado, pero no estaba ciego y mis ojos heterosexuales se fijaron en ellas.

Capítulo dos



Las observé mientras buscaban una mesa y se sentaban. La rubia me daba la espalda, mientras que la otra, una mujer un poco mayor, se sentó frente a mí. Llevaba el pelo oscuro un poco más corto, lo suficientemente largo como para que no le importara apartárselo de la cara. Siempre me había parecido atractivo y sexy cuando una mujer guapa lo hacía.

Mientras las observaba con mi taza de café, decidí intentar mantenerme despierto mientras estaban allí. Sin duda, era mejor que quedarme dormido y extrañar a esas mujeres tan guapas. Pidieron su comida y charlaron animadamente. Era evidente que eran muy cercanas y se sentían muy cómodas. Envidié su estrecha amistad. Nunca había tenido una relación tan estrecha.

Llegaron sus comidas y, aunque seguí observándolos con ojos cansados, no quería parecer una mirón inquietante. Puede que sea muchas cosas, pero me enorgullezco de saber cómo se debe tratar y respetar a una dama. La importancia de los buenos modales y el respeto por los demás me la habían inculcado desde pequeña. Entre miradas, miré por la ventana del restaurante, más allá de los reflejos, hacia su autocaravana. ¡Cielos! Era realmente enorme. ¡Debían tener todo lo necesario, incluso el fregadero! Me intrigaba.

Seguí tomando mi café a sorbos, repasando planes para mañana y los próximos días, garabateando al azar en las servilletas de papel. Mi prioridad número uno, por supuesto, era decidir cómo llegar al siguiente lugar, dondequiera que fuera. Mientras consideraba las opciones, me recosté y cerré los ojos, abriéndolos de vez en cuando cuando algún ruido me molestaba, proveniente de la cocina o del tráfico.